

Conversación 39
EL PRIMERO Y EL ULTIMO
(DE MIGUEL DE UNAMUNO)

Madrid, 29 de mayo.

Cada vez se acentúa más en mí la manía por los autógrafos. No satisfecho con haber comprado la colección de Everett, que contiene tantas obras maestras desconocidas, voy buscando por todas las ciudades manuscritos de autores célebres. En estos días he tenido la fortuna de hallar en casa de un periodista que se vio reducido a la miseria, el comienzo de un drama inédito escrito por Miguel de Unamuno.

Se titula *El Primero y el Ultimo*, pero sólo contiene el esbozo de la primera escena. El comienzo de la obra tiene una grandísima originalidad, pero no he logrado dilucidar si se trata de una obra juvenil, o de los últimos tiempos de la vida del gran pensador y poeta. Me inclino a creer que se trata de una idea habida en la ancianidad, cuando estaba atormentado por la idea de la decadencia del Cristianismo.

Comienza la acción cuando el mundo está a punto de ser destruido y la vida ha concluido sobre la tierra. En la inmensa soledad hay dos seres vivientes -¿sobrevivientes o resucitados?-, se encuentran y se reconocen: el Primer Hombre o sea Adán, y el Ultimo Hombre, que ni siquiera tiene un nombre al estilo antiguo, sino que es una especie de autómata viviente, identificado por una sigla grabada en una medalla que le cuelga sobre el pecho: W. S. 347926.

Ambas criaturas, tan distintas entre sí, se miran en silencio: el hombre perfecto, salido de la mano de Dios; el hombre mecánico, convertido en número y átomo por voluntad de la ciencia y de la masa. El ser casi ángel; el ser casi máquina. Al comienzo no saben qué decirse, pero se miran sospechosos y rencorosos. Uno frente a otro representan el principio y el fin de la historia humana, y a pesar de ello se sienten seres mutuamente extraños, lejísimos, tan diversos y adversos que no saben cómo entablar diálogo.

En el pensamiento de Unamuno aquí está la tragedia, la pavorosa tragedia: el primer padre no sabe qué decir al último hijo.

Entre ambos taciturnos seres aparece improvisamente un gigantesco ser velludo: Hanuman, el dios de los monos, amigo de los hombres. Reprocha a ambos su extraño silencio. Los dos deberán debatir su causa ante él, quien a su vez contará con la asistencia del ángel Ariel y del demonio Belfegor.

Adán es obligado a hablar. El anciano primer hombre, casi desnudo, con una piel de león en la cintura, manifiesta que hubiera querido reprochar y acusar a su lejanísimo y degenerado descendiente, pero el remordimiento de la propia culpa le había impedido hacerlo

- Cuando fui vencido por el ansia de saber, de conocer, de hacerme semejante a Dios, en aquella mi voluntad ya se hallaba en germen todo lo que éstos llamaron ciencia, y más que nada su loca intención de ponerse a sí mismos en lugar de Dios. La intentada deificación del hombre condujo a mis insensatos descendientes a renegar de lo humano, a la verdadera y definitiva caída del hombre. Por lo tanto no tengo derecho a lanzar reprimendas y reproches contra este aborto degradado y deshumanizado. Pero entonces habló Ariel diciendo

- Olvidas, Adán, que tu prole fue rescatada, que el sacrificio de Dios le restituyó gran parte de lo que había perdido a causa de tu error. Así pues, tienes derecho a acusar y condenar.

- No - replicó Belfegor, Dios no llegó a restaurar la dignidad y perfección anteriores del hombre. Los descendientes de Adán, incluso después que el Hijo descendió a la tierra, continuaron siendo

débiles y frágiles, continuaron bajo el dominio de la sangre y del orgullo y debieron dedicarse a reconquistar con sus pobres fuerzas la sabiduría y el poder. Dios los había maldecido y castigado, los había entregado a Satanás y entonces se dirigieron a nosotros pidiendo auxilio. Lo demás está escrito en la historia de los últimos milenios. Nosotros, los demonios, nos hemos vengado, y estoy dispuesto a defender al último hombre, que es hijo de nuestras obras. Entonces W. E.

347926 pidió hablar

- Todo lo que estáis profiriendo es una sarta de ideas sin sentido, expresadas en una jerga salvaje, desusada, incomprensible y hueca. Para nosotros, las palabras de Dios: culpa, redención, pecado, bien y mal, desde hace ya siglos y siglos no tienen ningún significado. El hombre había llegado a ser el único y verdadero señor y dueño del mundo y se ocupaba solamente en aprovechar los recursos del planeta para la propia conservación. Todas las viejas elucubraciones ideales, todas las mitologías y disfraces de la edad primitiva habían sido ya abolidas y olvidadas. La libertad de la voluntad era una ilusión, el amor un ridículo perder el tiempo, la virtud un sueño fastidioso, el individuo no era más que un átomo y un número, Dios un concepto inútil y absurdo. La vida automática y colectiva había destruido todos los sentimientos idiotas, las emociones torturantes, los pensamientos vanos, los tormentos imbéciles, los afectos superfluos. Esas fruslerías supersticiosas tuvieron algún crédito únicamente en la bárbara edad de la cultura, en los tiempos transcurridos desde Platón a Dante y desde Milton a Kant.

»Si hay alguno que podría juzgarme, ése sería Hanuman, pues es a él, y no a vuestro Adán, al que reconozco como mi progenitor».

Lamentablemente, lo legible del manuscrito concluye en ese punto. En otras páginas se leen palabras dispersas, abreviaciones, nombres de otros personajes, comienzos de períodos, etc., pero es imposible reconstruir la continuación de la tragedia.

Mi amigo Ernesto Giménez Caballero, óptimo conocedor de la literatura castellana antigua y moderna, opina como yo.